

Cuando llegues a Purmamarca...

... hazlo mientras el sol espía entre los cerros al pueblo fresco. Hace ya una hora que los duendes de la Quebrada duermen invisibles entre los tolares y los cardones. Alguno, con picardía quebradeña, aún se anima a tirarles piedritas a los turistas recién llegados en el "ómnibus de la ciudad" casi lejana.

Cuando llegues a Purmamarca, abre las alas, paisano, hermano. No temas que el viento, dueño de la Quebrada, aún está ocupado peinando las plumas de los cóndores del altiplano. Tan sólo una brisa limpia el aire y el cielo (cielo del alma, cielo de mi infancia) de un azul imposible ilumina la mañana.

La plaza se abre generosa a los viajeros que, como peregrinos, buscan la magia de la Quebrada. Para ellos y para todos hay risas de pájaros, hay silencios de cactus, hay tiempo de cerros. Es Purmamarca.

De pronto, Inti, majestuoso, comienza a pintar los cerros, metro a metro, piedra por piedra: los violetas combaten con los rojos, los anaranjados explotan en amarillos y los churquis le salpican con su verde mezquino el óleo reciente al tata sol inmutable.

Suena el arrullo de una torcaza y su sombra veloz te sorprende en tu asombro. Una coyita, niña mía, hermanita sin maldad ni zapatos, se acerca humilde con su atadito de recuerdos. Los ojos negríssimos te dejan mirar en la historia de su pueblo, de mi pueblo, de mi gente. Hay siglos allí sumergidos, hay banderas y gritos, hay la sombra de Viltipoco y otros tantos libertarios. Y está el olvido de las ciudades opulentas. Cada niño quebradeño carga la historia de mi pueblo en su chuspa y en su mañana.

El paisaje ahora es imposible: el combate de los colores que estallan en los cerros y en tus ojos no da tregua. Ya es media mañana. El aire vibra, ¿o es tu alma en la que retumba el paisaje? Es hora de descubrir de dónde viene la magia.

Subes el primer cerro rodeando aquel ranchito de adobe con olor a la leña del desayuno familiar. La senda de piedras cede a tu paso tranquilo y expectante. Rodeas el cerro y entras al patio de una casita humilde con su viejito que te saluda: "Nos días, señor..." Se da vuelta y sigue repasando su vida en el periódico mental. Tú recién te das cuenta por qué el viejito es quizás la persona más rica de esta tierra. A la derecha, detrás de la pirca casi ruina, se extiende un abra con sembradíos. Los álamos son centinelas del verde alineado. Atrás, el telón de los cerros de Purmamarca. Van a pasar varios minutos antes de que puedas pronunciar palabra. El paisaje te ha robado por un instante el alma.

Cuando llegues a Purmamarca hazlo apenas después de la madrugada.

O. M. Suárez, Mayagüez, 2004.